LA NUBE DE SMOG
Italo Calvino



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

En una de esas épocas en que no me importaba nada de nada, vine a establecerme a esta ciudad. Establecerme no es la palabra adecuada. La estabilidad no me interesaba; quería que a mi alrededor todo siguiera siendo fluido, provisional, y sólo así me parecía salvar mi estabilidad interna que por otra parte no hubiera sabido explicar en qué consistía. Por eso cuando, por una cadena de recomendaciones, me ofrecieron un puesto de redactor en la revista *La Purificación*, vine a buscar alojamiento.

Para alguien que acaba de bajar del tren, ya se sabe, la ciudad entera es una estación: uno da vueltas y vueltas por calles cada vez más deprimentes, entre garajes, depósitos de mercancías, cafés con mostrador de zinc, camiones que arrojan a la cara vaharadas pestilentes, y cambia continuamente de mano la maleta, siente los dedos hinchados, sucios, la ropa interior pringosa, nerviosismo, y en todo lo que ve hay nerviosismo, todo está hecho añicos. La habitación amueblada que me convenía la encontré justamente en una de esas calles; en las jambas del portal había dos racimos de tarjetas, pedazos de cajas de zapatos colgadas de cordeles con el anuncio de las habitaciones en alquiler escrito groseramente y el sello fiscal en un ángulo. Yo, que cada tanto me detenía para cambiar de mano la maleta, vi las tarjetas y entré. En cada escalera, en cada planta de aquel caserón había un par de habitaciones en alquiler; llamé en el primer piso de la escalera C.

Era una habitación cualquiera, un poco oscura porque daba al patio por una puerta ventana y se entraba por ella pasando por galería con una barandilla oxidada, de modo que era independiente del resto del piso, pero antes había que pasar por una serie de puertecitas cerradas con llave; la dueña, la señorita Margariti, era sorda, y temía con razón a los ladrones. No había cuarto de baño; el retrete estaba en la galería, en una casilla de madera; en la habitación había un lavabo con agua corriente, sin instalación de agua caliente. Pero en fin, ¿qué andaba buscando? El alquiler me convenía, más aún, era el único posible, porque más no podía gastar y por menos no hubiera encontrado nada; y además, todo debía ser provisional y quería que esto quedase en claro también para mí mismo.

—Sí, sí, me la quedo —dije a la señorita Margariti que creyó que le había preguntado si la habitación era fría y me señaló la estufa. Yo ya lo había visto todo y quería dejar mi equipaje y salir. Pero antes me acerqué al lavabo y metí las manos bajo el grifo; tenía ganas de lavármelas desde que había llegado, pero apenas me las enjuagué porque me fastidiaba abrir la maleta para buscar el jabón.

—Oh, ¿por qué no me lo dijo? ¡Le traigo en seguida la toalla! —dijo la señorita Margariti; corrió y volvió con una toalla planchada que dejó sobre el respaldo de la silla.

Me eché también un poco de agua a la cara, para refrescarme; tenía la sensación molesta de no estar limpio; después me froté con la toalla. Por aquel gesto la dueña entendió perfectamente que tenía intención de quedarme con la habitación.

—¡Ah, se la queda, se la queda! Bueno, querrá cambiarse, deshacer la maleta, póngase cómodo, aquí está el perchero, déme su abrigo.

Me negué a quitarme el abrigo; quería salir en seguida. Sólo me preocupé de decirle que necesitaba un anaquel: me iba a llegar una caja de libros, la escasa biblioteca que había conseguido conservar en mi vida

Librodot

desquiciada. Traté de que la sorda me entendiera; por fin me llevó a sus habitaciones, delante de una pequeña *étagére* donde tenía su costurero, cajas de carreteles, ropas que arreglar y modelos de bordado; me dijo que la vaciaría y me la llevaría a mi cuarto. Salí.

La revista *La Purificación* era el órgano de un Ente donde yo debía presentarme para conocer mis obligaciones. Trabajo nuevo, ciudad diferente: de haber sido más joven o haber esperado más de la vida, me hubieran dado impulso y alegría; ahora no, sólo era capaz de ver la grisalla, la miseria de lo que me rodeaba y de meterme dentro, no tanto por resignación sino como si me gustara, porque me confirmaba que la vida no podía ser diferente. Hasta las calles que debía recorrer las escogía así, las más secundarias y angostas y anónimas, aunque me hubiera sido fácil pasar por otras con escaparates y cafés elegantes; pero me desagradaba perder la expresión de las caras macilentas de los transeúntes, la mezquindad de los restaurantes baratos, el olor rancio de las tenduchas, y también ciertos ruidos de las calles estrechas: los tranvías, los frenazos de las camionetas, el crepitar de los pequeños talleres de soldadura en los patios: todo porque el deterioro y los chirridos de fuera me impedían dar demasiada importancia al deterioro y los chirridos que llevaba dentro.

No obstante, para llegar a aquella dirección tuve que entrar en cierto momento en una zona completamente distinta, señorial, llena de verdor, anticuada, poco frecuentada por vehículos en las calles secundarias, con avenidas y calles laterales lo bastante espaciosas como para que el tráfico circulara sin atascos ni estruendo. Era otoño; había algunos árboles de oro. La acera ya no bordeaba paredes de las casas sino verjas de las que arrancaban setos, arriates, senderos de guijarros rodeando inmuebles y grandes mansiones de ornada arquitectura. Advertía ahora un desconcierto distinto, porque ya no encontraba cosas en las que consiguiera reconocerme, como antes, o descifrar el futuro. (No es que creyera en las señales, pero para uno que es nervioso, en lugares nuevos todo lo que ve es siempre una señal.)

Estaba pues un poco desorientado cuando entré en las oficinas del Ente, diferentes de lo que había imaginado, porque eran salones de una casa señorial, con espejos y consolas y chimeneas de mármol y tapices y alfombras (pero el mobiliario propiamente dicho era en cambio el habitual en las oficinas de comienzos de siglo, y la iluminación del tipo más moderno, con tubos de neón). En fin, ahora me molestaba haber elegido una habitación tan fea y oscura, y más aún cuando me hicieron pasar al despacho del presidente, el ingeniero Cordà, que me acogió en seguida con exagerada expansividad, tratándome de igual a igual, no sólo en cuanto a prestigio social y jerárquico (que era ya una posición difícil de mantener) sino sobre todo como su igual en competencia e interés por los problemas de los que se ocupaban el Ente y la revista *La Purificación*. Yo que, para ser franco, creía que todo era una patraña de esas que se cuentan guiñando el ojo, y que había aceptado ese empleo con tal de tener uno, ahora debía representar el papel de quien en toda su vida no ha pensado en otra cosa.

El ingeniero Cordà era uno de esos cincuentones de aire juvenil y bigotes negros, es decir, de esa generación que a pesar de todo conserva un aire juvenil y los bigotes negros, personajes con los que nunca he tenido nada que ver. Todo en él, las palabras, el aspecto exterior —llevaba un traje gris impecable, una camisa de una blancura perfecta—, los gestos —movía

Librodot

una mano con el cigarrillo entre los dedos— respiraba eficiencia, facilidad, optimismo, despreocupación. Me mostró los números de *La Purificación* que habían salido hasta entonces, preparados por él (que era el director) y el jefe de prensa del Ente, el doctor Avandero (me lo presentó, uno de esos tipos que hablan como si lo que dicen estuviera escrito a máquina). Eran pocos números, bastante exiguos, y se veía que no estaban hechos por gente del oficio. Con lo poco que sabía sobre la fabricación de periódicos, encontré el modo de decirles —sin hacer críticas, desde luego— cómo lo haría yo, las modificaciones técnicas que introduciría. Adopté sin querer el mismo tono práctico, de seguridad acerca dé los propios resultados; y advertí con satisfacción que nos entendíamos. Con satisfacción, porque cuanto más eficiente y optimista me mostraba más pensaba en aquella mísera habitación alquilada, en las calles deprimentes, en la impresión de ir oxidado y pegajoso que sentía, en el hecho de que no me importaba nada de nada y me parecía que el mío era un juego de manos, que estaba haciendo polvo, ante los ojos del ingeniero Cordà y del doctor Avandero, toda su eficiencia técnico-industrial, y ellos no se daban cuenta y Cordà asentía con gran entusiasmo.

—Perfecto, entonces usted, mañana sin falta, de acuerdo, y entretanto —me decía Cordà—, para que se ponga al día... —y quería darme las actas del último congreso para que las leyera—. Aquí están —me llevó delante de un anaquel, donde se ordenaban pilas de fotocopias de los informes—. ¿Ve? Tome éste, y este otro, ¿éste ya lo tiene? Cuente, a ver si están todos —y mientras hablaba tomaba las hojas; entonces vi que de ellas se levantaba una pequeña nube de polvo, y en la superficie apenas tocada se dibujaba la huella de los dedos. El ingeniero, al levantar las hojas, trataba de sacudirlas ligeramente, pero apenas, como si no quisiera admitir que estaban llenas de polvo, y las soplaba suavemente. Procuraba no apoyar los dedos en la primera página de cada informe, pero le bastaba rozarla con el borde de una uña para que se dibujara una viborita blanca en lo que ahora parecía un fondo gris, cubierto de un delgadísimo velo de polvo. Pero se ve que los dedos le quedaban igualmente sucios, e intentaba limpiárselos doblándolos sobre la palma y moviendo las puntas, con el resultado de que se llenaba de polvo toda la mano. Entonces bajaba instintivamente las manos a los costados de los pantalones de franela gris, y se detenía justo a tiempo, volvía a levantarlas y estábamos así los dos, moviendo los dedos y pasándonos aquellos informes, tomándolos apenas por el borde como si fueran hojas de ortiga, y entretanto seguíamos sonriendo, sonriendo de acuerdo, complacidos, diciendo: «¡Oh, sí, un congreso interesante! ¡Oh, sí, un buen trabajo!», pero yo me daba cuenta de que el ingeniero se sentía cada vez más nervioso e inseguro, y no lograba sostener mi mirada triunfante, mi mirada triunfante y desesperada, porque todo era efectivamente como yo pensaba.

Tardaba en dormirme. A la habitación, aparentemente tranquila, llegaban de noche sonidos que aprendí a descifrar poco a poco. Se oía a veces subir una voz deformada por un altavoz que lanzaba breves anuncios incomprensibles; si ya me había dormido, me despertaba creyendo que estaba en un tren porque el timbre y la cadencia eran como los de los altavoces de las estaciones, tal como afloran de noche en el duermevela del viajero. Aguzando el oído, conseguía distinguir las palabras. «Dos raviolis con salsa», decían. «Un bistec a la plancha... Una costilla...» La habitación estaba sobre la ocina de la cervecería Urbano Ratazzi, que servía comidas

calientes aun después de medianoche: desde el mostrador los camareros transmitían los pedidos a los cocineros escandiéndolos por un micrófono interno, articulando las palabras. Un confuso vocerío subía a menudo de la cervecería y a veces un coro entonado por algún grupo. Pero era un buen local, un poco caro, que no frecuentaba un público vulgar: era rara la noche en que un borracho armaba un escándalo y derribaba las mesas cubiertas de vasos. Desde la cama los ruidos de los que estaban despiertos llegaban debilitados, sin brío ni color, como a través de la niebla; la voz en el altavoz: «Una porción de patatas fritas... ¿Vienen esos raviolis?», era de una tristeza nasal y resignada.

Hacia las dos y media la cervecería Urbano Rattazzi bajaba las cortinas metálicas; los camareros, levantadas las solapas de los abrigos sobre las chaquetas tirolesas del uniforme, salían por la puerta de la cocina y atravesaban el patio charlando. A eso de las tres, un estruendo metálico invadía el patio: los pinches arrastraban fuera los pesados bidones de cerveza vacíos, inclinándolos sobre el borde para hacerlos girar a golpes; después los enjuagaban. Eran gentes, estos pinches, que como les pagaban por hora, se la tomaban con calma y trabajaban sin prisa, silbando y dando fuertes sacudones a las barricas de zinc durante un par de horas. Hacia las seis llegaba el camión de la cerveza que traía los bidones llenos y se llevaba los vacíos; pero en la sala de la cervecería ya habían empezado los ruidos de las lustradoras que pulían los suelos para una nueva jornada.

En los momentos de silencio, en plena noche, al otro lado, en las habitaciones de la señorita Margariti, estallaba en la oscuridad un parloteo ininterrumpido, mezclado de risitas, de preguntas y respuestas, todas dichas por una sola voz femenina en falsete; la sorda no distinguía el acto de pensar del de hablar en voz alta y a cualquier hora del día y aun al despertarse en mitad de la noche, cada vez que se dejaba arrastrar por un pensamiento, un recuerdo o un remordimiento, empezaba a hablar sola, modulando las réplicas de diálogos entre diversos interlocutores. Por suerte esos soliloquios, dada la excitación, eran incomprensibles, y sin embargo uno se sentía incómodo como si participara, de indiscretas intimidades.

De día, cuando entraba en la cocina a pedirle un poco de agua caliente para afeitarme (si llamaba a la puerta no me oía y tenía que entrar en su campo visual para que advirtiera mi presencia), me ocurría sorprenderla hablando delante del espejo con sonrisas y gestos, o sentada en una silla, mirando al vacío, contándose una historia; entonces se recomponía rápidamente y decía: «¡Uy! hablaba con el gato», o bien: «Disculpe, no lo había visto: estaba rezando» (era muy devota), pero las más de las veces no se daba cuenta de que la había escuchado.

Que muchos de sus discursos estaban destinados al gato era cierto. Conseguía hablarle durante horas, y algunas noches la oía haciendo «pss... pss... gatito, gatito, gatito» en la ventana, esperando que regresara de sus andanzas por balcones, tejados y terrazas. Era un gato escuálido y salvaje, con un pelo negruzco que cada vez que volvía a casa era gris, como si absorbiera todo el polvo y el hollín del barrio. Apenas me veía desde lejos escapaba y se escondía debajo de un mueble, como si lo hubiera por lo menos golpeado, yo que ni siquiera lo miraba. Pero debía de entrar en mi cuarto cuando yo no estaba: la camisa blanca lavada que la dueña acomodaba sobre el mármol de la cómoda la encontraba siempre con las huellas de hollín de sus patas en el cuello y en la pechera. Yo protestaba

pero me interrumpía en seguida porque la sorda no me oía, e iba a ponerle el desastre bajo las narices. Ella decía cuánto lo lamentaba, buscaba al gato para castigarlo; me explicaba que seguramente al entrar en mi cuarto con la camisa, el gato la había seguido sin que ella lo advirtiera, y se había quedado encerrado y desahogado la rabia de no poder salir saltando sobre la cómoda.

Yo tenía solamente tres camisas y las daba a lavar continuamente pues —no sé si porque mi vida no estaba todavía bien organizada, o porque había que poner orden en la oficina— al cabo de unas horas ya estaban sucias. De modo que muchas veces tenía que ir a trabajar con las huellas del gato en el cuello de la camisa.

A veces encontraba las huellas también en la almohada. Habría quedado encerrado después de seguir a la señorita Mar-gariti que por las noches iba a abrirme la cama.

No era de sorprender que el gato estuviera tan sucio: bastaba apoyar una mano en la barandilla de la galería para sacarla rayada de negro. Cada vez que volvía a casa, de sólo usar las llaves de cuatro cerraduras o candados y meter después los dedos entre los listones de la persiana para abrir y volver a cerrar la puerta ventana, me ensuciaba las manos, así que entraba con ellas en alto para no dejar huellas e iba de inmediato al lavabo.

Con las manos lavadas y secas me sentía en seguida mejor, como si hubiera recuperado su uso, y empezaba a tocar y desplazar los pocos objetos que me rodeaban. La señorita Margariti, debo decirlo, mantenía la habitación bastante limpia: el polvo, quitarlo lo quitaba todos los días, pero a veces, al apoyar las manos en ciertos lugares donde ella no llegaba (era muy baja y corta de brazos) las sacaba aterciopeladas de polvo y tenía que volver a lavarme en seguida.

El problema más grave eran los libros: los había ordenado en la *étagére* y eran lo único que me daba la impresión de que aquello fuera mi casa; la oficina me dejaba tiempo libre y de buena gana hubiera pasado algunas horas en mi cuarto leyendo. Pero ya se sabe el polvo que absorben los libros: elegía uno en el anaquel, pero antes de abrirlo tenía que frotarlo con un trapo todo alrededor, en el lomo, y después sacudirlo bien: se levantaba una polvareda. Entonces volvía a lavarme las manos y me echaba sobre la cama a leer. Pero al hojear el libro, es inútil, sentía en los dedos aquel velo cada vez más suave y espeso que me echaba a perder el placer de la lectura. Me levantaba, volvía al lavabo, me enjuagaba las manos otra vez, pero ahora sentía el polvo también en la camisa, en el traje. Hubiera querido ponerme a leer de nuevo, pero tenía ya las manos limpias y me desagradaba ensuciármelas otra vez. Entonces decidía salir.

Naturalmente, todas las operaciones de la salida: la persiana, la barandilla, las cerraduras, me dejaban las manos peor que antes, pero ahora tenía que aguantármelas hasta llegar a la oficina. En la oficina, apenas entraba corría al lavabo, pero la toalla estaba negra de huellas; al secármelas se me ensuciaban de nuevo.

Los primeros días de trabajo en el Ente los dediqué a poner en orden mi escritorio. La mesa que me habían asignado estaba en realidad cargada de cosas: papel, correspondencia, carpetas, viejos periódicos; en una palabra, hasta ese momento la mesa se había utilizado para depositar lo que no servía, lo que no tenía un lugar preciso. Mi primer impulso había sido despejarla; después comprendí que era material necesario para la revista y

otras cosas que seguramente tenían cierto interés y que me prometí examinarlo con más calma. En una palabra, terminé por no sacar nada de encima, y en cambio añadí muchas cosas, pero no en desorden, al contrario, trataba de tener todo ordenado. Claro que los papeles que estaban desde antes se habían llenado de polvo que pasaba a los nuevos. Además yo, muy celoso de mi orden, había dado instrucciones a la mujer de la limpieza para que no tocara nada, y así es como se iba depositando día a día el polvo en los papeles, especialmente en el material de escritorio, papel de cartas, sobres con membrete, etcétera, que al cabo de unos pocos días parecían viejos y sucios y daba asco tocarlos.

De los cajones, para qué hablar; ¡era lo mismo! En ellos se estratificaban cartapacios polvorientos de decenios anteriores que testimoniaban la larga carrera de aquel escritorio a través de diferentes despachos públicos y privados. En aquella mesa, hiciera lo que hiciese, al cabo de pocos minutos sentía la necesidad de lavarme las manos.

En cambio mi colega, el doctor Avandero, tenía las manos —unas manos pequeñas y delicadas pero dotadas de cierta dureza nerviosa— siempre limpias, muy cuidadas, con las uñas lustradas, pulcras y uniformemente puntiagudas.

—Disculpe —traté de preguntarle—, pero ¿no le parece que al cabo de un rato aquí, las manos, no sé, ha visto cómo se ensucian?

—Probablemente —contestó Avandero con su aire siempre contrito—, habrá tocado algún objeto o un dosier al que no le han quitado el polvo. Si me permite que le dé un consejo, es conveniente tener el escritorio siempre vacío.

En realidad, la mesa de Avandero estaba despejada, limpia, brillante, con sólo el asunto que despachaba en ese momento y el bolígrafo que usaba.

—Es una costumbre —añadió— en la que el presidente insiste mucho.

A decir verdad el ingeniero Cordà me lo había dicho también a mí: el ejecutivo que tiene su escritorio completamente limpio es el que no deja dormir los asuntos, el que en seguida los encamina hacia su solución. Pero Cordà no estaba nunca en la oficina, y cuando venía se quedaba un cuarto de hora, pedía que le llevaran las grandes planillas de gráficos y de estadísticas, daba instrucciones veloces y generales a sus subordinados, distribuía entre unos y otros las diferentes tareas sin preocuparse del grado de dificultad de cada una, dictaba rápidamente algunas cartas a la estenógrafa, firmaba la correspondencia que salía en seguida, y se iba.

Avandero no, Avandero estaba en la oficina mañana y tarde, parecía trabajar muchísimo y dar muchísimo trabajo a las estenógrafas y a las dactilógrafas, pero conseguía no tener nunca ni un trozo de papel en su escritorio más de diez minutos. A mí esta historia me costaba tragarla; empecé a vigilarlo y me di cuenta de que los papeles que apenas se detenían en su mesa iban en seguida a acumularse en otra parte. Una vez lo sorprendí en momentos en que, no sabiendo qué hacer con unas cartas que tenía en la mano, se acercaba a mi escritorio (yo había salido un momento a lavarme las manos) y las dejaba allí, escondiéndolas debajo de una carpeta. Y después, rápidamente, sacaba el pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta, se quitaba el polvo de los dedos e iba a sentarse en su lugar, donde el bolígrafo descansaba paralelo al margen de una página inmaculada.

Librodot

Yo podía entrar de golpe y hacerlo quedar mal. Pero me bastaba haber visto, me bastaba saber que las cosas eran así.

Como entraba en mi habitación por la galería, el resto del departamento de la señorita Margariti era para mí tierra incógnita. La señorita vivía sola, alquilaba dos habitaciones que daban al patio, la mía y otra contigua, de cuyo ocupante sólo conocía el paso pesado por la noche, tarde, y temprano por la mañana (supe que era un suboficial de policía, durante el día no se lo veía nunca). El resto del departamento, que debía de ser más bien amplio, era todo para ella.

A veces tenía que ir a buscarla porque la llamaban por teléfono: ella no oía el timbre y terminaba por ir yo a responder; en cambio con el auricular pegado a la oreja oía bastante y las largas telefoneadas con las amigas de la congregación de la parroquia eran su distracción.

—¡El teléfono, señorita Margariti! ¡La llaman por teléfono! —gritaba en vano por el departamento y golpeaba las puertas también en vano. Así pude comprobar que había una serie de estancias, salas, comedores llenos de un mobiliario pasado de moda y pretencioso: lámparas y bibelots y cuadritos y estatuillas y calendarios, y todo estaba en orden, limpio, encerado, con encajes blancos en los sillones, sin una pizca de polvo.

En el fondo de una de esas habitaciones descubría por fin a la señorita Margariti dedicada a lustrar el parquet o a frotar los muebles, vestida con una bata desteñida y un pañuelo en la cabeza. Le indicaba el teléfono con gestos violentos; la sorda corría y comenzaba una de sus charlas interminables, con inflexiones que no se diferenciaban de las de sus conversaciones con el gato.

Yo volvía a mi habitación y al ver la repisa del lavabo o la lámpara con un dedo de polvo me acometía un gran arrebato de ira: aquella mujer se pasaba el día lustrando como espejos sus habitaciones y en la mía no era capaz siquiera de pasar un trapo. Iba a buscarla decidido a hacerle una escena con gestos y muecas; y la encontraba en la cocina, y la cocina estaba todavía en peor estado que mi habitación: el hule de la mesa raído y manchado, tazas sucias en el plano del aparador, las baldosas sueltas y ennegrecidas. Y me quedaba sin palabras, porque comprendía que la cocina era el único lugar de toda la casa donde aquella mujer vivía realmente, y el resto, las habitaciones decoradas y continuamente desempolvadas y enceradas eran una especie de obra de arte en la que ella volcaba todos sus sueños de belleza, y para cultivar la perfección de aquellas habitaciones se condenaba a no vivir en ellas, a no entrar jamás como dueña sino sólo como fregona, y el resto del día lo pasaba entre la grasa y el polvo.

La Purificación era una publicación quincenal que tenía por subtítulo, «del Aire, por Eliminación del Humo, las Exhalaciones Químicas y los Productos de la Combustión». Era el órgano del EPAUCI, «Ente para *La Purificación* de la Atmósfera Urbana de los Centros Industriales». El EPAUCI estaba vinculado a asociaciones correspondientes de otros países, que mandaban sus boletines y sus folletos. A menudo se celebraban congresos internacionales, sobre todo acerca del grave problema del smog.

Yo no me había ocupado nunca de este tipo de cuestiones pero sabía que hacer una publicación especializada no es tan difícil como parece. Se siguen las revistas extranjeras, se traducen ciertos artículos; con eso y

abonándose a una agencia de recortes de prensa se prepara rápidamente una sección de informaciones; después están los dos o tres colaboradores técnicos que nunca dejan de mandar su articulito; el Ente por su parte, a poco que funcione, siempre tiene algún comunicado o algún orden del día para componer en negritas; y está el avisador que ruega se publique como artículo la descripción de alguna nueva patente de invención. Además, cuando hay un congreso, se le puede dedicar por lo menos un número entero, del principio al fin, y todavía sobran cierta cantidad de informes y reseñas que pueden seguir apareciendo en los números sucesivos, cuando tienes tres o cuatro columnas que no sabes cómo llenar.

El artículo de fondo correspondía en principio al presidente. Pero el ingeniero Cordà, siempre muy ocupado (era miembro del directorio de una serie de industrias, y al Ente sólo podía dedicarle el poco tiempo que le sobraba), empezó a pedirme que lo redactara yo, sobre conceptos que me explicó con energía y claridad. Le sometería mi texto a su regreso. Cordà viajaba con frecuencia, sus empresas estaban desparramadas por todas partes; pero entre tantas actividades, la presidencia del EPAUCI, meramente honorífica, era la que, me dijo, le daba más satisfacción, «porque», explicó, «es una batalla por ideales».

En cambio yo ideales no los tenía ni quería tenerlos; lo único que quería era prepararle un artículo como a él le gustaba para conservar aquel empleo, ni mejor ni peor que otro, y continuar aquella vida, ni mejor ni peor que todas las otras vidas posibles. Las tesis de Cordà las conocía («Si todos siguieran nuestro ejemplo, la pureza de la atmósfera ya sería...») y sus fórmulas preferidas («Nosotros no somos utopistas, entendámonos, somos gentes prácticas que...») y escribiría como él quería, palabra por palabra. ¿Y qué había de escribir si no? ¿Mis propias ideas? ¡Hubieran dado un buen artículo, lo juro! ¡Una espléndida visión optimista de un mundo funcional y productivo! Pero me bastaba invertir mi estado de ánimo (cosa que no me costaba porque era como empecinarme contra mí mismo) para dar el impulso necesario a un artículo de fondo inspirado por el presidente.

«Estamos ya en vísperas de dar una solución a los problemas de las escorias volátiles», escribía, «solución cuyo seguro cumplimiento será más rápido», y veía ya la cara complacida del ingeniero, «si al impulso siempre enérgico que la Iniciativa Privada da a la Técnica se añade la esclarecida comprensión», al llegar a este punto el ingeniero alzaría una mano, para subrayar mi texto, «de los órganos del Estado, ya tan dispuestos...».

Leí este pasaje en voz alta al doctor Avandero. Las pequeñas manos bien cuidadas posadas sobre una página blanca en el centro del escritorio, Avandero me miraba con su habitual cortesía inexpresiva.

—¿No le parece bien? —le pregunté.

—Todo lo contrario, todo lo contrario... —se apresuró a decir.

—Escuche el final: «Contra las profecías más catastróficas acerca de la civilización industrial, reafirmamos que no habrá (por otra parte en la práctica jamás ha habido) contradicción entre una economía en libre y natural expansión y la higiene necesaria al organismo humano» —cada tanto miraba a Avandero, pero él no alzaba los ojos de la página blanca—, «entre el humo de nuestras activas chimeneas y el azul y el verde de nuestras incomparables bellezas naturales...». Bueno, ¿qué le parece?

Avandero se quedó mirándome un momento con sus ojos inexpresivos y los labios apretados.

—Sí, efectivamente, su artículo expresa muy bien, digámoslo así, la esencia última del fin que nuestro Ente se propone alcanzar con todas sus fuerzas.

—Hum... —gruñí. Debo confesar que de un tipo ceremonioso como mi colega me esperaba una aprobación menos retorcida.

Presenté el artículo al ingeniero Cordà, cuando llegó un par de días después. Lo leyó con atención en mi presencia. Terminó de leer, puso en orden las páginas, parecía que empezaba a leerlas otra vez desde el principio, pero dijo:

—Bien. —Otra pausa y después—: Usted es joven. —Se anticipó a una objeción que yo no pensaba hacerle—: No, no es una crítica, déjeme explicarle. Usted es joven, tiene fe, ve lejos. Pero permítame decirle, la situación es seria, sí, más seria de lo que su artículo deja prever. Hablemos de hombre a hombre: el peligro de contaminación del aire de las grandes ciudades es serio, tenemos los análisis, la situación es grave. Justamente porque es grave estamos aquí, para resolverla. Si no la resolvemos, también nuestras ciudades se ahogarán en el smog.

Se había puesto de pie y caminaba de un extremo a otro de la habitación.

—No nos ocultemos las dificultades. No seamos como los otros, justamente en los ambientes que más deberían preocuparse y en cambio, no les importa un bledo. O peor: no hacen más que cortarnos las alas.

Se plantó frente a mí, bajó la voz:

—Como usted es joven tal vez cree que todos están de acuerdo con nosotros. Pero no es así. Somos pocos. Atacados por unos y otros. Así es. Por unos y por otros... Y sin embargo no bajamos las armas. Hablamos en voz alta. Actuamos. Resolvemos el problema. Esto es lo que quisiera leer en su artículo, ¿me entiende?

Había entendido perfectamente. El empecinamiento en fingir opiniones opuestas a las mías me había llevado demasiado lejos, pero ahora sabría graduar el artículo a la perfección. Tenía que presentarlo nuevamente al ingeniero tres días más tarde. Lo reescribí de punta a cabo. Dediqué dos tercios a trazar un cuadro sombrío de las ciudades de Europa devoradas por el smog, un tercio en cambio a contraponer la imagen de una ciudad ejemplar, la nuestra, pulcra, rica en oxígeno, donde una concentración racional de las instancias productivas no iba separada... etcétera.

Para concentrarme mejor, escribí el artículo en casa, tendido en la cama. Un rayo de sol que bajaba en diagonal por el pozo del patio entraba por los vidrios y lo veía atravesar en el aire de la habitación una miríada de motas impalpables. El cubrecama debía de estar impregnado; un poco más y me pareció que quedaría cubierto de una capa negruzca, como los listones de las persianas, como el pasamanos de la galería.

Al doctor Avandero el nuevo texto, cuando se lo di a leer, me parece que no le desagradó.

—Ese contraste entre la situación de nuestra ciudad y la de las otras —dijo—, que habrá trazado siguiendo sin duda las instrucciones del presidente, está muy logrado, de veras.

—No, no, no me lo dijo el ingeniero, fue idea mía —repuse, un poco fastidiado, a pesar mío, de que mi colega no me creyese capaz de ninguna iniciativa.

En cambio la reacción de Cordà no me la esperaba. Dejó el manuscrito sobre la mesa y sacudió la cabeza.

—No nos hemos entendido, no nos hemos entendido —dijo en seguida. Comenzó a darme cifras de la producción industrial de la ciudad, de las cantidades de carbón, de gasolina que se quemaban diariamente, de la circulación de los motores a explosión. Después pasó a los datos meteorológicos y comparó rápidamente unos y otros con los de las principales ciudades europeas del norte—. La nuestra es una ciudad industrial grande y brumosa, ¿me comprende? Por lo tanto, también nosotros tenemos smog, no hay menos smog aquí que en otras partes. Es imposible afirmar, como tratan de hacerlo otras ciudades rivales de nuestro país, que aquí hay menos smog. ¡Esto puede escribirlo bien claro en el artículo, debe escribirlo! ¡Estamos en una de las ciudades donde las condiciones atmosféricas son más graves, pero al mismo tiempo donde más se hace para ponerse a la altura de la situación! Al mismo tiempo, ¿me entiende?

Entendía, y entendía también que nunca podríamos entendernos. Aquellas fachadas de casas ennegrecidas, aquellos vidrios opacos, aquellos antepechos de ventanas donde no era posible apoyarse, aquellos rostros humanos casi borrados, aquella calígine que con el avance del otoño perdía su aroma húmedo de intemperie y se convertía en algo como una cualidad de los objetos, como si cada ser y cada cosa fuera teniendo día a día menos forma, menos sentido y valor, todo aquello que para mí era la esencia de una miseria general, para los hombres como él debía de ser signo de riqueza, supremacía y potencia, y al mismo tiempo de peligro, destrucción y tragedia, un modo de sentirse investido de una grandeza heroica por el hecho de estar allí, alerta.

Rehíce por tercera vez el artículo. Finalmente estaba bien. Sólo en el final («Nos encontramos, pues, frente a un problema terrible para el destino de la sociedad. ¿Lo resolveremos?»), encontró algo que criticar.

—¿No será demasiado dubitativo? —preguntó—. ¿No será desmoralizador ?

Lo más simple era suprimir la interrogación: «Lo resolveremos». Así, sin signos de exclamación: una tranquila seguridad.

—Pero ¿no parecerá demasiado pacífico? ¿Un problema de gestión corriente?

Convinimos en repetir la frase. Una vez con interrogación y otra sin ella. «¿Lo resolveremos? Lo resolveremos.»

¿Pero no era esto aplazar la solución a un futuro indeterminado? Intentamos ponerlo todo en presente. «¿Lo resolvemos? Lo resolvemos.» Pero no sonaba bien.

Ya se sabe cómo es cuando se escribe algo, uno empieza por cambiar una coma y hay que cambiar una palabra, después la construcción de una frase y después todo se va al demonio. Discutimos media hora. Propuse poner la pregunta y la respuesta en tiempos diferentes: «¿Lo resolveremos? Lo estamos resolviendo». El presidente quedó entusiasmado y desde aquel día su confianza en mis aptitudes no flaqueó nunca.

Una noche me despertó el teléfono. Era el campanilleo prolongado de las llamadas interurbanas. Encendí la luz: eran casi las tres. Antes ya de

Librodot

decidir levantarme, de correr al pasillo, atrapar el receptor en la oscuridad, y aun antes, al primer sobresalto en el sueño, yo sabía que era Claudia.

Su voz brotaba del receptor y parecía venir de otro planeta, y yo con los ojos apenas abiertos tenía una sensación como de centelleos, de manchas luminosas, que no eran sino las modulaciones de su voz incontenible, esa agitación dramática que siempre ponía en todo lo que decía y que ahora me alcanzaba allí, en el fondo del sórdido pasillo de la señorita Margariti. Comprendí que nunca había dudado de que Claudia me encontraría; más aún: comprendí que no había esperado otra cosa en todo ese tiempo.

No se le ocurría siquiera preguntarme qué había sido de mí hasta ese momento, cómo había ido a parar allí, y ni siquiera me explicó cómo había dado conmigo. Tenía un sinfín de cosas que contarme, cosas sumamente detalladas y sin embargo vagas, como le sucedía siempre, y que ocurrían en ambientes desconocidos e impracticables para mí.

—Te necesito, en seguida, inmediatamente. Ven con el primer tren…

—Pero es que tengo un empleo… El Ente…

—Ah, por qué no ves al director…. Dile…

—Pero no, sabes, soy solamente…

—Querido, vienes en seguida, ¿no es cierto?

¿Cómo decirle que le hablaba desde un lugar lleno de polvo, que los listones de la persiana estaban cubiertos de una negra costra arenosa, que en los cuellos de mis camisas había huellas de patas de gato, y que aquél era el único mundo posible para mí, el único mundo posible en el mundo, y que el suyo, su mundo, solo por una ilusión óptica podía parecerme existente? Ni siquiera me hubiese escuchado, estaba demasiado acostumbrada a verlo todo desde arriba y era natural que se le escaparan las circunstancias mezquinas de que estaba tejida mi vida. Todas sus relaciones conmigo ¿qué eran sino fruto de su distracción superior, gracias a la cual nunca había conseguido darse cuenta de que yo era un modesto periodista de provincia, sin porvenir y sin ambiciones, y seguía tratándome como si formara parte de la alta sociedad de nobles, ricachos y artistas en que siempre se había movido y en la cual, por un azar, como sucede en las playas, yo le había sido presentado un verano? No quería darse cuenta porque hubiera sido reconocer que se había equivocado, de modo que seguía atribuyéndome dotes, autoridad y gustos que yo estaba muy lejos de poseer, pero en el fondo quien pudiera ser realmente yo era una cuestión de detalle, y ella no quería ser desmentida por una cuestión de detalle.

Ahora su voz se ponía tierna, afectuosa: era el momento que yo —aunque sin confesármelo— esperaba, porque sólo en el abandono amoroso todo lo que nos hacía diferentes desaparecía y quedábamos solamente nosotros dos y no importaba quiénes fuésemos. Apenas habíamos empezado a cambiar palabras de amor, cuando a mis espaldas se encendió la luz detrás de una puerta de vidrios y se oyó una tos cavernosa. Era la puerta del otro inquilino, el suboficial de policía, ahí mismo, pegado al teléfono. Instantáneamente bajé la voz, reanudé la frase interrumpida, pero ahora que sabía que él me escuchaba, una natural reserva me hacía moderar las expresiones amorosas hasta reducirme a un murmullo de frases neutras y apenas inteligibles. La luz en la habitación contigua se apagó, pero desde el otro extremo del hilo empezaron las protestas:

—¿Qué dices? ¡Habla más fuerte! ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—Es que no estoy solo…

—¿Cómo? ¿Con quién estás?

—No, aquí, sabes, despierto a los otros inquilinos, es tarde…

Ahora estaba furiosa, no eran explicaciones lo que quería, lo que quería era una reacción mía, una señal de pasión por mi parte, algo que anulara la distancia que nos separaba. Pero mis respuestas se habían vuelto cautas, quejumbrosas, conciliadoras.

—Pero Claudia, no te pongas así, te lo aseguro, te lo ruego, Claudia, yo… —En la habitación del suboficial volvió a encenderse la luz. Mi discurso de amor se convirtió en un susurro, los labios aplastados contra el teléfono.

En el patio los pinches de cocina hacían rodar las barricas de cerveza. Desde la oscuridad de sus habitaciones la señorita Margariti inició un parloteo interrumpido por breves estallidos de risa, como si tuviera visitas. El inquilino lanzó una maldición meridional. Yo estaba descalzo en las baldosas del pasillo y desde la otra punta del hilo la voz apasionada de Claudia me tendía las manos y yo trataba de salir a su encuentro con mis tartamudeos, pero cada vez que estábamos por crear un puente entre los dos, el puente se hacía añicos al cabo de un momento, y el choque de las cosas trituraba y desmentía una por una todas las palabras de amor.

Desde aquella vez, el teléfono empezó a sonar a las horas más dispares del día y de la noche, y la voz de Claudia irrumpía fiera y discordante en el angosto pasillo, con el salto ciego de un leopardo que sin saberlo cae en una trampa y, como no lo sabe, con otro impulso, así como ha caído, encuentra la manera de escapar: y no se ha dado cuenta de nada. Y yo, entre sufrimiento y amor y alegría y crueldad, la veía mezclarse con este escenario de fealdad y desolación, el altavoz de la cervecería Urbano Rattazzi que escandía: «Una sopa de capeletis», los platos sucios en el fregadero de la señorita Margariti, y me parecía que en adelante todo esto tenía también que dejar una marca en su imagen. Pero no, corría a lo largo del hilo, intacta, sin advertir nada, y cada vez yo me quedaba solo con el vacío de su ausencia.

A veces Claudia se mostraba alegre, despreocupada, reía, decía cosas incoherentes tomándome el pelo, y yo terminaba por participar de su alegría, pero entonces el patio, el polvo, me entristecían más porque había caído en la tentación de pensar que la vida podía ser diferente. Otras, en cambio, Claudia era presa de una ansiedad febril y esa ansiedad se sumaba al aspecto de los lugares que yo habitaba, a mi trabajo de redactor de *La Purificación*, y no conseguía liberarme de ella, vivía esperando una nueva telefoneada más dramática todavía que me despertara en el corazón de la noche, y cuando su voz me llegaba inesperadamente distinta, alborozada o lánguida, como si no recordase siquiera la angustia de la noche anterior, yo, en vez de sentirme liberado, me sentía perdido, desamparado.

—¿Pero he oído bien? ¿Me hablas desde Taormina?

—¡Sí, estoy aquí con unos amigos, es tan maravilloso, ven en seguida, coge un avión!

Claudia telefoneaba cada vez de una ciudad diferente, y siempre, estuviera sumida en la angustia o en la alegría de vivir, exigía que fuera a verla de inmediato para compartir con ella ese estado. En cada caso yo me

empeñaba en una explicación minuciosa acerca del por qué me era absolutamente imposible hacer un viaje, pero no podía seguir porque Claudia, sin escucharme, ya había dado otro giro a la conversación, habitualmente una requisitoria contra mí, cuando no un elogio imprevisible por alguna expresión que sin pensarlo había empleado y que a ella le parecía abominable o encantadora.

Cuando terminaba el tiempo de la última comunicación y la telefonista diurna de la central o los empleados del servicio nocturno anunciaban: «Vamos a cortar», Claudia lanzaba un: «¿A qué hora llegas, entonces?», como si todo estuviera decidido, y yo contestaba farfullando y terminábamos por aplazar los últimos arreglos hasta otra llamada que haría yo o me haría ella. Estaba seguro de que entretanto Claudia habría cambiado todos sus programas y que volvería a plantearme la urgencia de mi viaje, sí, pero en condiciones diferentes que justificarían nuevos aplazamientos; y sin embargo me quedaba una especie de remordimiento, porque mi imposibilidad de partir no era tan absoluta, porque podía, por ejemplo, pedir un anticipo sobre el sueldo del mes siguiente y un permiso para faltar tres o cuatro días con cualquier excusa, y en estas dudas me reconcomía.

La señorita Margariti no oía nada. Si al cruzar el pasillo me veía junto al teléfono, me saludaba con una inclinación de cabeza, ignorante de las tempestades que me agitaban. El otro inquilino no. Desde su habitación oía todo y estaba obligado a aplicar su intuición de policía a cada uno de mis sobresaltos. Por suerte no estaba casi nunca en casa, con lo cual algunas telefoneadas mías lograban ser verdaderamente francas, desenvueltas, y por poco que la actitud de Claudia me lo consintiera, conseguíamos entrar en un clima de correspondencia amorosa en el que cada palabra adquiría un calor, una intimidad, una resonancia interior. En cambio otras veces parecía muy bien dispuesta y yo, bloqueado, contestaba sólo con monosílabos, con frases reticentes y evasivas; el suboficial estaba allí, a un metro de distancia, detrás de la puerta; una vez la entreabrió, asomó la cara negra y bigotuda, me miró fijo. Era, debo decirlo, un hombrecito que en otras circunstancias no me hubiera causado impresión alguna, pero allí, en plena noche, vernos por primera vez cara a cara, en aquella pensión de mala muerte, yo pidiendo y recibiendo comunicaciones de amor interurbanas que duraban media hora, él que terminaba su servicio, los dos en pijama, la verdad es que nos odiamos.

En las conversaciones de Claudia entraban a menudo nombres ilustres, la gente que ella frecuentaba. Yo, en primer lugar, no conozco a nadie; en segundo lugar, detesto llamar la atención; de modo que si realmente tenía que contestarle trataba de no pronunciar nombres, de usar perífrasis, y ella no entendía por qué y se ponía furiosa. De la política siempre me he mantenido alejado, justamente porque nunca me ha gustado hacerme notar; además ahora dependía de un servicio paraestatal y flie había fijado como norma no saber nada ni de unos ni de otros: y Claudia, una noche, no sé qué le pasa por la cabeza, va y me pregunta sobre ciertos diputados. Tenía que darle [una respuesta cualquiera, allí mismo, con el suboficial detrás de la puerta.

—El primero que me has dicho, claro, el primero…

—¿Quién? ¿A quién te refieres?

—Ese, sí, el más gordo, no, más bajo…

En una palabra, yo la quería. Y era desdichado. ¿Pero cómo podía entender ella mi desdicha? Están los que se condenan a la grisalla de la vida más mediocre porque han sufrido un dolor, una desgracia; pero están también los que lo hacen porque han tenido más suerte de la que se sentían capaces de soportar.

Tomaba mis comidas en pequeños restaurantes de precio fijo, que en esta ciudad están en manos de familias toscanas, todos son parientes, y las camareras son todas muchachas de un pueblo que se llama Altopascio, y pasan aquí su juventud, pero siempre pensando en Altopascio, y no se mezclan con el resto de la ciudad y por la noche salen con muchachos siempre de Altospacio, que trabajan en las cocinas de los restaurantes o en talleres mecánicos, pero siempre cerca de los restaurantes, como si fueran suburbios del pueblo natal, y estas chicas y estos muchachos se casan y algunos vuelven a Altospacio, otros se quedan aquí a trabajar en los restaurantes de los parientes y los paisanos, ahorrando para poder abrir un día un restaurante por cuenta propia.

Las gentes que comen en estos restaurantes ya se sabe quiénes son: aparte de los clientes de paso, que cambian todo el tiempo, los habituales son empleados solteros, algunas empleadas solteronas y algún estudiante y militar. Al cabo de un tiempo estos parroquianos se conocían todos y charlaban de una mesa a otra, y en cierto momento se formaban mesas comunes con gentes que al principio no se conocían y que terminaban por adquirir la costumbre de comer siempre juntos.

Con las jóvenes camareras toscanas todos bromeaban, bromas amables, desde luego, preguntaban por los novios, se retrucaban, y cuando no había nada de qué hablar empezaban con la televisión, decían quién era simpático y quién antipático entre los que habían visto últimamente en los programas.

Yo no, nunca decía nada aparte del menú, por lo demás, siempre el mismo, espaguetis con mantequilla, carne cocida con verduras, porque hacía dieta, y ni siquiera llamaba a las chicas por sus nombres, aunque también los supiera, pero prefería decir siempre «Señorita» para no crear una impresión de familiaridad: en aquel restaurante yo estaba por casualidad, era un cliente ocasional, quizá seguiría yendo todos los días quién sabe por cuánto tiempo, pero quería sentirme como si estuviera de paso, alguien que hoy está aquí y mañana allá, si no me ponía nervioso.

No es que me resultaran antipáticos, todo lo contrario: tanto el personal como los parroquianos eran buenas gentes, simpáticos, y también me gustaba sentir a mi alrededor aquella atmósfera cordial, más aun, si no hubiera existido, tal vez me hubiera faltado algo, pero prefería estar presente sin participar. Evitaba conversar con los otros clientes e incluso saludar porque esas relaciones, ya se sabe, empezarlas es fácil, pero después uno queda atado: alguien dice: «¿Qué se hace esta noche?» y así terminan todos juntos mirando la televisión, en el cine, y desde esa noche estás preso en compañía de una gente que no te importa nada, y tienes que contar tus cosas y escuchar las de los otros.

Trataba de sentarme a una mesita solo, abría el periódico de la mañana o de la noche (lo compraba al ir a la oficina y echaba una ojeada a los títulos, pero para leerlo esperaba a llegar al restaurante) y me ponía a estudiarlo de cabo a rabo. El periódico también me era muy útil cuando no

Librodot

encontraba mesa y estaba obligado a sentarme a una donde ya había alguien; me hundía en la lectura y nadie me decía nada. Pero trataba siempre de tener una mesa para mí sólo y para eso retrasaba todo lo que podía la hora de las comidas, con el fin de llegar cuando la mayoría de los clientes ya se habían marchado.

El inconveniente eran las migas. Muchas veces me tocaba sentarme a una mesa llena de migas que un cliente dejaba en ese mismo momento, de modo que trataba de no mirarla hasta que venía la camarera a llevarse platos y vasos sucios, a barrer todos los restos y poner el cubremantel. Pero a veces la camarera andaba demasiado rápido y entre el mantel y la protección quedaban migas de pan, y eso me entristecía.

Lo mejor para el almuerzo, por ejemplo, era estudiar la hora en que las camareras, convencidas de que no llegarán otros clientes, limpian perfectamente y preparan las mesas para la noche; después toda la familia: dueños, camareras, cocineros, pinches, tienden una gran mesa y se sientan por fin a comer. En ese momento yo entraba, decía:

—Oh, tal vez es demasiado tarde, ¿ya no se puede comer?

—Pero cómo no. ¡Instálese donde quiera! Lisa, ocúpate de servir al señor.

Me sentaba a una de aquellas mesitas bien limpias, un cocinero volvía a la cocina, yo leía el periódico, comía con calma, escuchaba a los de la mesa grande, que reían y bromeaban y contaban historias de Altospacio. Entre uno y otro plato tenía que esperar a veces un cuarto de hora porque las jóvenes camareras estaban sentadas comiendo y charlando, y terminaba por decidirme y decir:

—Señorita, una naranja...

Y ellos:

—¡En seguida! ¡Anna, ve tú! ¡O Lisa! —pero a mí me venía bien así, estaba contento.

Terminaba de comer, de leer el periódico, salía con él arrollado en la mano, volvía a casa, subía a mi cuarto, arrojaba el periódico sobre la cama, me lavaba las manos. La señorita Margariti espiaba el momento en que yo entraba y volvía a salir porque apenas estaba fuera iba a mi habitación a buscar el periódico. Como no se atrevía a pedírmelo, se lo llevaba a escondidas y a escondidas volvía a dejarlo sobre la cama antes de que yo regresara. Era como si se avergonzase de una curiosidad un poco frivola; en realidad leía una sola cosa: las necrológicas.

Una vez que al entrar la encontré con el periódico en la mano, se avergonzó mucho y sintió la necesidad de justificarse.

—De vez en cuando lo cojo para mirar los muertos, sabe, discúlpeme, porque a veces entre los muertos hay conocidos...

Con esa idea de retardar la hora de las comidas, las tardes, por ejemplo, en que iba al cine, me retrasaba, salía de ver el film con la cabeza un poco pesada, y alrededor de los carteles luminosos se espesaba una oscuridad generalmente de neblina otoñal que despojaba de dimensiones a la ciudad. Miraba la hora, me decía que tal vez en los pequeños restaurantes ya no me servirían, o bien me había apartado de mi horario habitual y no conseguía volver a él, y entonces decidía tomar una comida ligera en el mostrador de la cervecería Urbano Rattazi, allí, debajo de mi casa.

Entrar de la calle al local no era sólo pasar de la oscuridad a la luz: la consistencia del mundo cambiaba, afuera deshecho, indefinido, tenue, y aquí lleno de formas sólidas, de volúmenes con un espesor, un peso, superficies de colores brillantes, el rojo de un jamón que alguien cortaba en el mostrador, el verde de las chaquetas tirolesas de los camareros, el oro de la cerveza. Estaba lleno de gente y yo, que en la calle me había acostumbrado a considerar a los transeúntes como sombras sin cara y a mí mismo como una sombra sin cara entre otras muchas, redescubría allí de pronto una selva de rostros masculinos y femeninos, coloreados como frutas, cada uno diferente de los demás y todos desconocidos. Por un instante esperaba conservar mi invisibilidad de fantasma, después me daba cuenta de que me había convertido en alguien como ellos, una imagen tan precisa que hasta los espejos la reflejaban con todos los pelos de la barba que había crecido desde la mañana, y no había reparo posible, hasta el humo de todos los cigarrillos encendidos en el local que subía denso al cielo raso era una cosa en sí, con su contorno y su espesor y no modificaba la sustancia de las otras cosas.

Me abría paso hasta el mostrador siempre muy concurrido, de espaldas a la sala llena de risotadas y de palabras que se levantaban de cada mesa, y apenas se liberaba un taburete me sentaba, tratando de que el camarero me viera y me pusiera delante el cartón cuadrado y sobre él un gran bock de cerveza y la lista de platos. Me costaba conseguir que me sirvieran en la Urbano Rattazi que yo vigilaba noche tras noche, que seguía hora por hora, actividad por actividad, y el murmullo en el que se perdía mi voz era el que oía cada noche pasando por encima de las barandillas de hierro oxidado.

—Ñoquis con mantequilla, por favor —decía, y finalmente el camarero del mostrador me oía y se arrimaba al micrófono para articular:

—¡Una de ñoquis con mantequilla! —y yo pensaba en el grito cadencioso que salía del altavoz de la cocina, y me parecía estar al mismo tiempo allí en el mostrador y acostado arriba en mi cuarto, y las palabras que se cruzaban confundidas entre los grupos de gentes alegres que bebían y comían y el tintineo de los vasos y los cubiertos trataba de desmenuzarlos y atenuarlos en mi cabeza hasta reconocer el ruido de todas mis noches.

Por transparencia, entre las líneas y los colores de esa parte del mundo, iba distinguiendo el aspecto de su reverso, el único que creía habitar. Pero tal vez el verdadero reverso era éste, iluminado y lleno de ojos abiertos, mientras que el único lado que contaba en todo sentido era el de la sombra, y la cervecería Urbano Rattazi sólo existía para que se pudiera oír aquella voz deformada en la oscuridad: «¡Una de ñoquis con mantequilla!» y el estruendo metálico de los bidones, para que la neblina de la calle quedara interrumpida por el halo del cartel, por el marco de los vidrios empañados en los que se dibujaban confusas siluetas humanas.

Una mañana me interrumpió una telefoneada de Claudia, pero no era una llamada interurbana: estaba en la ciudad, en la estación, acababa de llegar y me llamaba porque al bajar del coche cama había perdido una de las tantas maletas de su equipaje.

Llegué a tiempo para verla salir de la estación, a la cabeza de un séquito de maleteros. De la agitación que me había transmitido en su telefoneada de pocos minutos antes, nada quedaba en su sonrisa. Era una

mujer muy guapa y elegante; cada vez que la veía me quedaba pasmado, como si hubiera olvidado cómo era. Ahora se declaraba repentinamente entusiasmada por esta ciudad y alababa mi idea de haber venido a vivir en ella. El día era de plomo; Claudia elogiaba la luz, los colores de las calles.

Tomó una suite en un gran hotel. Para mí entrar en el *hall*, hablar con el portero, hacerme anunciar por teléfono, seguir al *groom* hasta el ascensor, eran causas de incomodidad y timidez constantes. Me conmovía mucho que Claudia, por ciertos asuntos suyos pero tal vez en realidad para verme, hubiera venido a pasar unos días, me conmovía y me perturbaba porque se me abría un abismo entre su modo de vivir y el mío.

Sin embargo, conseguí arreglármelas lo mejor posible aquella mañana agitada y hacer una escapada a la oficina y obtener un anticipo sobre el próximo sueldo para hacer frente a los días excepcionales que se anunciaban. Estaba el problema de escoger los lugares donde la llevaría a comer: era poco experto en restaurantes de lujo o en locales típicos. Para empezar, pensé en llevarla a la colina.

Tomé un taxi. Me di cuenta de que en aquella ciudad en la que no había nadie que, a partir de cierto sueldo, no tuviera coche (lo tenía inclusive mi colega Avandero), yo no lo tenía y de todos modos no sabría siquiera conducirlo. La cosa nunca me había importado nada, pero ahora frente a Claudia me avergonzaba. Y en cambio Claudia encontraba todo natural porque —decía— en mis manos un coche hubiera sido un desastre seguro; con gran despecho por mi parte, hacía gala de menospreciar todas mis aptitudes prácticas y de basar su consideración por mí en otras dotes, aunque no se sabía bien cuáles.

Así que tomamos un taxi; me tocó un coche desvencijado, conducido por un viejo. Yo trataba de caricaturizar esos aspectos incoherentes, de chatarra, que inevitablemente adquiría la vida a mi alrededor, pero a ella no le hacía sufrir la fealdad del taxi, como si esas cosas no pudieran tocarla, y yo no sabía si sentirme aliviado o abandonarme más que nunca a mi destino.

Se subía por la verde colina que como una espaldera rodea la ciudad por el este. El día se había aclarado. La luz del otoño era dorada y hasta los colores de la campiña viraban al oro. En el taxi abracé a Claudia; si me abandonaba al amor que ella sentía por mí, tal vez se me abriera aquella vida verde y oro que corría en confusas imágenes (para abrazarla me había quitado las gafas) a los lados de la carretera.

Antes de ir al restaurante ordené al viejo chófer que nos llevara a un lugar, más arriba, desde donde se dominaba el panorama. Bajamos del coche. Claudia, con un gran sombrero negro, giró sobre sí misma haciendo volar los pliegues de la falda. Yo saltaba de aquí para allá, mostrándole el punto del cielo donde asomaba la cresta blanquecina de los Alpes (daba al azar los nombres de las montañas, que no era capaz de reconocer) y de este lado el relieve movido y discontinuo de la colina con pueblos y caminos y ríos, y abajo la ciudad como una red de minúsculas escamas opacas o brillantes meticulosamente alineadas. Me embargaba una sensación de amplitud, no sé si por el sombrero y la falda de Claudia, o por la vista. El aire, a pesar de ser otoñal, era bastante límpido y despejado, aunque atravesado por condensaciones de las más variadas especies: niebla espesa en la base de las montañas, jirones de bruma sobre los ríos, cadenas de nubes que el viento agitaba al azar. Estábamos allí asomados al pretil, yo

Librodot

ciñéndole la cintura, mirando los múltiples aspectos del paisaje, presa de pronto de una necesidad de analizar, descontento de mí mismo porque no disponía de una nomenclatura suficiente de los lugares y los fenómenos naturales, ella en cambio dispuesta a transformar las sensaciones en bruscas mudanzas de humor, en expansiones, en frases sin ton ni son. Entonces fue cuando vi la cosa. Tomé a Claudia por la muñeca, se la apreté:

—¡Mira! ¡Mira allá abajo!

-¿Qué?

—¡Abajo! ¡Mira! ¡Se mueve!

—¿Pero qué, qué estás viendo?

¿Cómo decírselo? De las otras nubes o nieblas, que según cómo se condense la humedad en las capas frías del aire son grises o azuladas o blanquecinas o bien negras, ésta no era tan diferente de no ser por el color indefinido, no sé si tirando al marrón o al bituminoso, o mejor: por una sombra de ese color que parecía espesarse más tan pronto en los bordes tan pronto en el medio, y era, en una palabra, una sombra de mugre que la ensuciaba toda y —también en esto era diferente de las otras nubes— cambiaba su consistencia, porque era pesada, no se despegaba bien de la tierra, de la superficie moteada de la ciudad sobre la cual se deslizaba lentamente, borrándola poco a poco de un lado y cubriéndola del otro, pero dejando detrás una huella como de filamentos un poco sucios, que no terminaba nunca.

¡El smog! —grité—. ¿Ves aquello? ¡Es una nube de smog!

Pero Claudia, sin escucharme, estaba absorbida por algo que había visto volar, una bandada de pájaros, y yo seguía allí asomado mirando por primera vez desde fuera la nube que me rodeaba todo el tiempo, la nube en la que vivía y que vivía en mí, y sabía que de todo el variado mundo que me rodeaba sólo ella me importaba.

Esa noche llevé a Claudia a cenar a la cervecería Urbano Rattazi, porque entre los restaurantes de precio fijo no conocía ningún otro y temía acabar en algún sitio demasiado caro. Entrar en la cervecería con una mujer como Claudia lo cambiaba todo: los camareros de chaqueta tirolesa se movilizaban, nos daban una buena mesa, acercaban los carritos con las especialidades de la casa. Yo trataba de adoptar una actitud de caballero desenvuelto pero al mismo tiempo sentía que reconocían en mí al inquilino de la habitación que daba al patio, el parroquiano de las comidas rápidas en el mostrador. Eso hizo que estuviera torpe, insulso en la conversación, y Claudia se enfadó en seguida conmigo. Empezamos a discutir en voz baja; nuestras voces quedaban sumergidas por el estruendo de la cervecería, pero nos clavaban los ojos no sólo los camareros atentos al menor gesto de Claudia, sino también los clientes, intrigados por esa mujer bellísima, elegante y segura de sí misma, en compañía de un hombre tan insignificante. Y advertí que las etapas de la discusión eran seguidas por todos, en particular porque Claudia, en su indiferencia por la gente que la rodeaba, no se preocupaba de disimular su humor. Yo tenía la impresión de que todos esperaban el momento en que Claudia enfurecida se levantaría y me dejaría plantado allí, solo, para convertirme de nuevo en el hombre anónimo que siempre había sido, que pasa inadvertido como una mancha de humedad en la pared.

Librodot

En cambio, como de costumbre, a la disputa siguió un intenso entendimiento amoroso; estábamos terminando de cenar y Claudia, sabiendo que vivía cerca, dijo:

—Subo contigo.

Yo la había llevado a la Urbano Rattazi porque era el único lugar de ese tipo que conocía, no porque estuviera cerca de mi casa; más aun, me sentía como sobre ascuas a la sola idea de que ella pudiera imaginar la casa donde vivía con sólo echar un vistazo al portal, y confiaba sobre todo en su distracción.

Pero no, quiso subir. Exageré la sordidez del lugar para dar a la aventura un carácter totalmente grotesco. En cambio ella, mientras subía y recorría la galería, sólo advertía lo bueno, la arquitectura antigua y no carente de nobleza del edificio, la funcionalidad de la distribución de los departamentos viejos. Entramos y ella:

—¿Qué estás diciendo? ¡Si es una habitación espléndida! ¿Pero qué más quieres?

Aun antes de ayudarla a quitarse el abrigo, fui en seguida al lavabo porque como de costumbre me había ensuciado las manos. Ella no, daba vueltas con las manos flotando como plumas entre los muebles polvorientos.

La habitación quedó invadida en un instante por aquellos objetos tan extraños: el sombrero con velito, los zorros, el vestido de terciopelo, la combinación de organza, los zapatos de raso, las medias de seda; yo trataba de meter cada cosa en el armario, en los cajones, porque si los dejaba allí me parecía que se cubrirían en seguida de marcas fuliginosas.

Claudia se había tendido con su blanco cuerpo sobre la cama, aquella cama de la que sacudiéndola se hubiera levantado una nube de polvo, y estiró una mano hacia el anaquel, tomó un libro. «¡Cuidado, está lleno de polvo!» Pero ya lo había abierto, lo hojeaba y después lo dejaba caer. Yo miraba su pecho todavía de muchacha, sus pezones rosados y erguidos, y me angustió la idea del polvo que habría entre las páginas del libro, y acerqué las manos con un gesto que parecía una caricia pero que era el deseo de quitarle el poco polvo que le hubiera caído.

Pero su piel era lisa, fresca, intacta; y yo que en el cono de luz de la lámpara veía una lluvia de minúsculas partículas que lentamente se depositarían también sobre el cuerpo de Claudia, me eché encima de ella en un abrazo que era sobre todo el deseo de cubrirla, de protegerla, de cargar yo con todo el polvo para que ella se salvara.

Después de la partida de Claudia (un poco decepcionada y aburrida de mi compañía, a pesar de su imperturbable obstinación en proyectar en el prójimo una luz que era sólo suya), me metí en el trabajo de redacción con redoblado ardor, en parte porque la visita de Claudia me había hecho perder varías horas de oficina y estaba retrasado en la preparación del número, en parte para no pensar en ella, y en parte también porque el tema del quincenario *La Purificación* no me resultaba tan ajeno como al principio. Me faltaba todavía el artículo de fondo, pero esta vez el ingeniero Cordà no me había dejado instrucciones. «¡Hágalo a su manera, pero que le salga bien!» Empecé a escribir una de las monsergas habituales pero poco a poco, de una palabra a otra, resultó una descripción de la nube de smog tal como la había visto frotándose sobre la ciudad, y de la vida tal como se desarrollaba dentro de la nube, y las fachadas de las casas antiguas, llenas de salientes,

de huecos donde se espesaba un depósito negro, y las fachadas de las casas modernas, lisas, monocromas, cuadradas, sobre las cuales se extendían poco a poco esfumadas sombras oscuras, como en los cuellos blancos de las camisas de los empleados de oficina, que no duraban limpias medio día. Y escribí que sí, que aún había quien vivía fuera de la nube de smog, y que quizá habría siempre quien pudiera atravesar la nube y detenerse en su centro mismo y salir sin que la más mínima sospecha de humo o mota de carbón tocara su persona, turbara su ritmo diferente, su belleza de otro mundo; pero lo que importaba era todo lo que había dentro del smog, no lo que quedaba fuera: sólo sumergiéndose en el corazón de la nube, respirando el aire neblinoso de esas mañanas (el invierno borraba ya las calles en una bruma indistinta), se podía tocar el fondo de la verdad y tal vez liberarse. Era toda una polémica con Claudia; lo comprendí en seguida y destruí el artículo sin siquiera dárselo a leer a Avandero.

El doctor Avandero era un tipo a quien todavía no había entendido. Un lunes por la mañana, al entrar en la oficina, ¿cómo me lo encuentro? ¡Bronceado! Sí, en vez del habitual color de merluza hervida de su cara, su tez oscilaba entre el rojo y el marrón, con alguna señal de quemadura en la frente y los pómulos.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté. (En los últimos tiempos habíamos empezado a tutearnos.)

—Fui a esquiar. La primera nieve. Perfecta, harinosa. ¿Quieres venir el domingo?

Desde aquel día, Avandero me tomó como confidente de su pasión por el esquí. He dicho confidente, porque hablando conmigo expresaba más que la pasión por una destreza técnica hecha de exactitud geométrica de movimientos, por un equipo funcional, por un paisaje reducido a una pura página blanca; él, empleado irreprochable y respetuoso, manifestaba de ese modo una disidencia secreta con su trabajo que se revelaba en risitas como de superioridad y en breves frases malignas:

—¡Ah, eso sí que es «purificación»! ¡El smog os lo dejo a vosotros y con mucho gusto! —corregidas en seguida por un—: Lo digo en broma... —Pero comprendí que tampoco él, tan fiel, creía demasiado en el Ente y en las ideas del ingeniero Cordà no creía en absoluto.

Un sábado por la tarde lo encontré todo constelado de esquíes, con una gorrita de visera como el pico de un mirlo, camino de un *pullman* que ya había tomado por asalto una multitud de esquiadores y esquiadoras. Me saludó con su airecillo de suficiencia.

—¿Te quedas en la ciudad?

—Yo sí. ¿De qué sirve irse? Mañana estarás de vuelta bajo el yugo.

Frunció la frente bajo la visera de la gorra de mirlo.

—¿Y para qué sirve la ciudad sino para marcharse el sábado y el domingo? —y se acercó rápidamente al *pullman* porque quería proponer una nueva manera de acomodar los esquíes en la imperial.

Para Avandero, como para cientos de miles de personas que se pasaban la semana entera entregada a grises ocupaciones con tal de poder escapar el domingo, la ciudad era un mundo perdido, una máquina para producir los medios de salir de ella esas pocas horas y después volver. Avandero, transcurridos los meses de esquí, comenzaba los de las excursiones campestres, la pesca de la trucha, y después el mar y la montaña estival, y la cámara fotográfica. La historia de su vida —que al

Librodot

frecuentarlo empecé a reconstruir año tras año— era la historia de sus medios de transporte: primero un velomotor, después un motoescúter, después una moto, ahora el coche utilitario y los años siguientes ya estaban marcados por previsiones de automóviles cada vez más cómodos y veloces.

Había que componer el nuevo número de *La Purificación*, pero el ingeniero Cordà aún no había visto las galeradas. Lo esperaba ese día en el EPAUCI, pero no se le vio el pelo y sólo hacia la noche telefoneó para que fuese a su oficina de la Wafd y le llevase las pruebas, porque él no podía moverse. Más aún, mandaba su coche con el chófer a buscarme.

La Wafd era una fábrica en la que Cordà era miembro del directorio. El gran automóvil, conmigo encogido en el fondo, las manos con el sobre de las galeradas sobre las rodillas, me llevó por barrios desconocidos de la periferia, costeó un muro ciego, entró saludado por los guardianes por un amplio portal y me depositó al pie de la escalinata de la dirección.

El ingeniero Cordà estaba en su escritorio, rodeado por un grupo de ejecutivos, examinando unas cuentas o planos de producción desplegados en enormes planillas que desbordaban de la mesa.

—Discúlpeme un momento —dijo—, estoy en seguida con usted.

Yo miraba por encima de sus hombros: la pared del fondo era una placa de vidrio, una anchísima ventana desde la cual se dominaba la totalidad de la fábrica. Del crepúsculo neblinoso emergían unas pocas sombras; en primer plano se recortaba la silueta de un elevador de cadena que acarreaba grandes cubos de limaduras de acero, creo. Se veía subir la fila de tazones de hierro con continuas sacudidas y una leve ondulación que parecía alterar un poco el perfil de las pilas de mineral, y me daba la impresión de que en el aire se levantaba un velo espeso que iba a posarse también en la vidriera del despacho del ingeniero.

En ese momento, el ingeniero Cordà ordenó que encendieran la luz; de pronto, contra la oscuridad exterior, se vio que la vidriera estaba cubierta de un fino esmeril formado sin duda por el polvo metálico, brillante como el polvillo de una galaxia. Afuera las sombras se desdibujaron; en el fondo se vieron más nítidas las siluetas de las chimeneas, cada una con un penacho de llamaradas rojas, y sobre ellas se acentuaba por contraste el ala negra como de tinta que invadía todo el cielo y donde subían y se arremolinaban puntos incandescentes.

Cordà examinaba conmigo las galeradas de *La Purificación*, y metido de golpe en el otro campo de entusiasmos y estímulos mentales propios de su actividad de presidente del EPAUCI, comentaba conmigo y con los dirigentes de la Wafd los artículos del boletín. Y yo que tantas veces frente a él, en las oficinas del Ente, había desahogado mi natural antagonismo de subordinado declarándome mentalmente partidario del smog, agente secreto del smog infiltrado en el estado mayor del enemigo, ahora comprendía cuan insensato había sido mi juego, porque el ingeniero Cordà era el patrón del smog, él mismo lo desparramaba ininterrumpidamente sobre la ciudad, y el EPAUCI era una criatura del smog, nacida de la necesidad de dar a quien trabajaba a favor del smog la esperanza de una vida que no fuese sólo de smog, al mismo tiempo que del deseo de celebrar su potencia.

Cordà, satisfecho del número, quiso acompañarme a casa en el coche. Era una noche de niebla espesa. El chófer avanzaba lentamente porque, fuera del radio de las luces escasas, no se veía nada. El presidente, en uno

de sus raptos de optimismo general, iba trazando las líneas de una ciudad del futuro, con sus barrios-jardín, sus fábricas rodeadas de arriates y espejos de agua, sus instalaciones de cohetes que borraban del cielo el humo de las chimeneas. Y señalaba, más allá de los cristales, la nada exterior, como si las cosas que imaginaba ya estuvieran allí; y yo lo escuchaba no sé si asustado o admirativo, descubriendo cómo coexistían en él el hábil hombre de industria y el visionario, y cómo cada uno necesitaba del otro.

En cierto momento me pareció reconocer mi barrio.

—Párese, párese aquí, hemos llegado —dije al chófer. Saludé, di las gracias, me apeé. Cuando el coche arrancó, me di cuenta de que me había equivocado. Estaba en un barrio desconocido y alrededor no se veía nada.

En el restaurante seguía comiendo solo, detrás de la pantalla del periódico. Y advertí que había otro parroquiano que hacía lo mismo. A veces, cuando no había otras mesas libres, terminábamos los dos en una y nos sentábamos frente a frente, con el periódico abierto. Leíamos diarios diferentes: el mío era el que leía todo el mundo, el más importante de la ciudad; yo no tenía ninguna razón para hacerme pasar por alguien que se distingue de los demás porque lee otro diario, o bien (de leer el periódico de mi comensal) por uno de opiniones políticas avanzadas. De opiniones políticas y partidos siempre me he mantenido alejado, pero en la mesa del restaurante, algunas noches, mientras doblaba el diario, mi comensal decía:

—¿Me permite? —haciendo el gesto de tomar el mío y me ofrecía el suyo—: Si quiere leer éste…

Entonces le echaba una ojeada a su periódico, que era como quien dice el reverso del mío, no sólo porque defendía ideas opuestas, sino porque se ocupaba de cosas que para el otro ni siquiera existían: obreros despedidos, mecánicos que habían perdido una mano en un engranaje (de estas personas publicaba incluso la fotografía), tablas de subsidios familiares, etc. Pero sobre todo, mientras el otro diario trataba de ser siempre brillante en la redacción de los artículos y de atraer al lector con anécdotas divertidas, por ejemplo los divorcios de las muchachas bonitas, éste estaba escrito con expresiones siempre iguales, repetidas, grises, y títulos que ponían de relieve el lado negativo de las cosas. Hasta la forma de estar impreso era gris, apretada, monótona. Y me descubrí pensando: «Toma, me gusta».

Traté de comunicar esta impresión a mi comensal, naturalmente guardándome bien de comentar una noticia o una opinión precisas (él ya había empezado a preguntarme qué me parecía cierta información de Asia), tratando al mismo tiempo de atenuar el lado negativo de mi juicio, porque me daba la impresión de ser un tipo que no aceptaba críticas a su posición y yo no tenía intención alguna de embarcarme en una discusión.

En cambio él parecía seguir el hilo de mis pensamientos, razón por la cual mi opinión sobre su diario debía de parecerle superflua o fuera de lugar.

—¿Sabe? —dijo—, todavía no está hecho como debería. No
es como yo quisiera que fuese.

Era un joven bajo pero bien proporcionado, itioreno, de pelo rizado, peinado con meticulosidad, todavía con cara de niño, pálida y rosada en las

mejillas, los rasgos finos y regulares, largas pestañas negras, un aire reservado, casi altanero. Vestía con cuidado un poco rebuscado.

—Hay todavía tantas generalidades, tanta falta de precisión —continuó—, especialmente cuando se trata de las cosas *nuestras*. Es un periódico que todavía se parece demasiado a los otros. Un diario como el que yo digo debe hacerse con la máxima participación de los lectores. Tendría que dar una información científicamente exacta acerca de todo lo que sucede en el mundo de la producción.

—¿Usted es técnico en una fábrica? —le pregunté.

—Obrero especializado.

Nos presentamos. Se llamaba Omar Basaluzzi. Cuando supo que yo trabajaba en el EPAUCI se interesó mucho y me pidió datos para utilizarlos en un informe. Le indiqué algunas publicaciones (por lo demás, al alcance de cualquiera; no traicionaba ningún secreto de la oficina, como le hice notar, por si acaso, con una sonrisita), y él sacó una pequeña agenda y tomó nota con método, como quien hace una ficha bibliográfica.

—Yo me ocupo de estudios estadísticos —dijo—, sector en el que nuestra organización está muy atrasada. —Nos pusimos los abrigos para salir. El de Basaluzzi era deportivo, de corte elegante, acompañado de una gorrita de tela impermeable—. Está muy atrasada —continuó—, cuando, a mi entender, es el sector fundamental...

—¿El trabajo le deja tiempo para esos estudios?

—Mire —me dijo (respondía siempre como desde arriba, con cierta suficiencia profesoral)—, es todo cuestión de método. Hago ocho horas de fábrica diarias, y después no hay noche que no tenga alguna reunión, inclusive el domingo. Pero hay que saber organizar el trabajo. He formado grupos de estudio entre los jóvenes de nuestra empresa...

—¿Son muchos?

—Pocos. Cada vez menos. Nos van despachando uno por uno. Un día de éstos usted verá aquí —y señalaba el periódico— mi foto bajo el título: «Un nuevo despido de represalia».

Caminábamos en el frío nocturno; yo iba encogido en mi abrigo, con las solapas levantadas; Omar Basaluzzi avanzaba con calma, hablando, la barbilla alta, una pequeña nube de aliento salía de los labios finamente dibujados, y cada tanto sacaba del bolsillo una mano para subrayar un punto de su razonamiento, y entonces se detenía como si no pudiera continuar mientas ese punto no quedara bien claro.

Yo no lo seguía; pensaba que alguien como Omar Basaluzzi no trataba de escapar a todo el brumoso gris circundante, sino de transformarlo en un valor moral, en una norma interior.

—El smog... —dije.

—¿El smog? Sí, sé que Cordà quiere ser el industrial moderno... Purificar la atmósfera... ¡Que vaya a contárselo a sus obreros! No será él quien la limpie... Es cuestión de estructura social... Si conseguimos cambiarla, resolveremos también el problema del smog. Nosotros, no ellos.

Me invitó a ir con él a una reunión de delegados sindicales de diversas empresas de la ciudad. Me senté en el fondo de una sala llena de humo. Omar Basaluzzi se ubicó en la mesa de la presidencia junto a otros hombres más viejos que él. En la sala no había calefacción, todos estaban con los abrigos y los sombreros puestos.

Los que iban a hablar se ponían de pie uno por uno junto a la mesa; todos tenían la misma forma de dirigirse al público, neutra, despojada, con fórmulas para iniciar el discurso y para relacionar los temas que correspondían a una convención, porque todos las aplicaban. Ciertos murmullos del auditorio me daban a entender que se había dicho una frase polémica, pero las polémicas eran veladas, empezaban siempre por aprobar lo que se había dicho antes. Me parecía que muchos de los que hablaban se las tomaban con Omar Basaluzzi; el joven, sentado un poco de costado a la mesa de la presidencia, había sacado del bolsillo una tabaquera de cuero repujado y una corta pipa inglesa, la llenó con lentos movimientos de sus pequeñas manos, y se puso a aspirar bocanadas concentradamente, los párpados entrecerrados, un codo clavado en la mesa y la mejilla apoyada en la mano.

La sala se había llenado de humo. Alguien propuso abrir un momento un ventanuco alto. Una ráfaga fría cambió el aire, pero en seguida empezó a entrar la niebla de afuera y no se veía el otro extremo de la sala. Yo examinaba desde mi sitio aquella multitud de espaldas inmóviles en el frío, alguna con el cuello levantado, y la fila de siluetas con el abrigo puesto sentadas a la mesa de la presidencia, y uno de pie hablando, corpulento como un oso, todos envueltos, impregnados en aquella niebla, al igual que sus palabras, su obstinación.

Claudia volvió en febrero. Fuimos a comer a un restaurante de lujo sobre el río al fondo del parque. A través de los cristales veíamos las orillas y las plantas que con el color del agua componían un cuadro de vieja elegancia.

No conseguíamos entendernos. Discutíamos el tema: la belleza.

—Los hombres han perdido el sentido de la belleza —decía Claudia.

—La belleza hay que inventarla constantemente —decía yo.

—La belleza es siempre la belleza, es eterna.

—La belleza nace siempre de un choque.

—¡Sí, los griegos!

—¿Qué hay con los griegos?

—La belleza es cultura...

—Por lo tanto...

—Y entonces...

Podíamos continuar así hasta el día siguiente.

—Este parque, este río...

(«Este parque, este río», pensaba yo, «sólo pueden ser marginales, consolarnos del resto; una belleza antigua no puede nada contra una nueva fealdad.»)

—Esa anguila...

En el centro de la sala del restaurante había un recipiente de vidrio, un acuario en el que nadaban grandes anguilas.

—¡Mira!

Se acercaron unos clientes, gentes bien, una familia de gur-mets pudientes: padre, madre, hija mayor, hijo adolescente. Estaba con ellos el maître, de frac, plastrón blanco, corpulento, enorme; empuñaba el mango de una red como las que usan los niños para cazar mariposas. La familia miraba las anguilas, seria, atenta; en cierto momento la señora alzó una mano, señaló una anguila. El maître sumergió la red en el acuario, con

Librodot

movimientos rápidos capturó el pez y lo sacó del agua. La anguila se debatía, coleando dentro de la red. El maître se retiró hacia la cocina, llevando por delante como una lanza la red con el pez que boqueaba. La familia lo siguió con la mirada, después se sentó alrededor de la mesa a esperar que volviese guisado.

—La crueldad...

—La cultura...

—Todo es cruel...

En vez de llamar un taxi, echamos a andar. Los prados, los troncos de los árboles estaban envueltos en aquel velo que se levantaba del río, espeso, húmedo; allí era todavía un fenómeno natural. Claudia caminaba arrebujada en su abrigo de piel de cuello volcado, en su manguito, en su gorro. Eramos las dos sombras de enamorados que forman parte del cuadro.

—La belleza...

—Tu belleza...

—¿Para qué sirve? A fin de cuentas...

Yo dije:

—La belleza es eterna.

—Ah, ¿estás diciendo lo que yo decía?

—No, lo contrario...

—Contigo no se puede discutir —dijo ella.

Se apartó como si quisiera alejarse sola por el vial. Una franja de niebla corrió al ras del suelo: la silueta envuelta en pieles caminaba como si no tocara tierra.

Al acompañar a Claudia al hotel, esa noche, encontramos el hall lleno de señores de smoking y señoras escotadas. Era carnaval, en el salón del hotel había una gran velada de beneficencia.

—¡Qué bien! ¿Me acompañas? ¡Voy a ponerme un vestido de noche!

Yo no soy un tipo para grandes fiestas y me sentía incómodo.

—Pero no tenemos invitación... Mi traje es marrón...

—Yo no necesito invitación... Y tú eres mi acompañante...

Subió corriendo a cambiarse.

Yo no sabía dónde meterme. Estaba lleno de chicas con su primer vestido de noche, empolvándose antes de entrar en el salón, intercambiando murmullos excitados. Me quedé en un rincón, tratando de verme como un recadero que ha ido a entregar un paquete.

Se abrió el ascensor. Claudia salió con una falda amplia, perlas sobre el pecho rosado, un antifaz de brillantes. Yo no podía seguir haciendo el papel de recadero. Me puse a su lado.

Entramos. Todos la seguían con los ojos. Encontré una máscara de cotillón para cubrirme la cara, con una nariz cómica. Empezamos a bailar. Cuando Claudia giraba, las otras parejas se apartaban para verla; yo que bailo muy mal quería estar en medio de la multitud, y esconderse era como un juego. Claudia observó que yo no estaba nada alegre, que no sabía divertirme.

Al terminar una pieza, para llegar a nuestra mesa pasamos delante de un grupo de señores de pie.

—¡Oh! —Me encontré a bocajarro con el ingeniero Cordà. Estaba de frac, con un bonete de cotillón anaranjado en la cabeza. Tuve que pararme a saludarlo.

—¡Pero si es usted, me lo parecía pero no estaba seguro! —decía, pero miraba a Claudia, y yo comprendí que quería decir que nunca hubiera imaginado verme con una mujer así, yo como siempre, con la misma chaqueta que llevaba a la oficina.

Tuve que hacer las presentaciones; Cordà besó la mano de Claudia, le presentó a los otros señores de edad que estaban con él, y Claudia siempre distraída, con su aire de superioridad no escuchaba los nombres (en cambio, yo decía para mis adentros: «¡Caramba! ¡Así que es éste!», porque eran todos grandes patronos de la industria). Después Cordà me presentó:

—El señor es el redactor de nuestra revista, ya saben cuál, *La Purificación*, que yo dirijo…

Comprendí que todos estaban un poco intimidados por Claudia, y decían tonterías.

Entonces me sentí menos cohibido. Comprendí que estaba por suceder algo, que Cordà se moría de ganas de invitar a Claudia a bailar. Dije:

—Bueno, de acuerdo, nos vemos después…

Saludé con grandes gestos y llevé de nuevo a Claudia a la pista de baile, y ella me decía:

—Pero si no sabes bailar esto, ¿no oyes lo que están tocando?

Lo único que yo sabía era que, de una manera ni siquiera para ellos muy clara, les había arruinado la fiesta con mi aparición al lado de Claudia, y ésta era la única satisfacción que me quedaba. «Cha-cha-cha…», canturreaba yo, remedando un paso que ignoraba, con Claudia ligeramente tomada de la mano para que pudiera moverse por su cuenta.

Era carnaval, ¿por qué no había de divertirme? Las trompetas aullaban agitando sus flecos flotantes, puñados de papel picado como yeso desmenuzado acribillaban las espaldas de los fracs y los hombros desnudos de las mujeres se metían bajo el borde de los escotes y los cuellos, y desde las lámparas hasta el pavimento donde se amontonaban en blandos ovillos que los bailarines empujaban con los pies, las serpentinas se tendían como haces de fibras desprovistas de materia o como hilos que se balancearan entre los muros, desmoronándose una destrucción general.

—Ustedes pueden aceptar el mundo en su fealdad porque saben que lo tienen que destruir —le dije a Omar Basaluzzi. Hablaba un poco para provocarlo, si no, ¿dónde estaba la gracia?

—Un momento —dijo Omar, posando la tacita de café que se estaba llevando a los labios—, nosotros no decimos: cuanto peor sea, mejor será. Estamos por las mejoras. Ni reformismo ni extremismo: nosotros…

Yo seguía el hilo de mis pensamientos, él el suyo. Desde el paseo con Claudia por el parque, buscaba una nueva imagen del mundo que diera un sentido a esa grisalla nuestra y que equivaliese a toda la belleza que se perdía, salvándola… Una nueva faz del mundo.

El obrero abrió el cierre de cremallera de un portafolios de piel negra, sacó una revista ilustrada.

—¿Ve? —Había una serie de fotografías.

Un pueblo asiático, con gorros de piel y botas, salía plácidamente a pescar en un río. En otra foto se veía a la misma gente yendo a la escuela:

Librodot

un maestro señalaba en una sábana las letras de un alfabeto incomprensible. Otra era la imagen de una fiesta, todos tenían cabezas de dragón y en el centro, entre los dragones, avanzaba un tractor coronado por un retrato. Al final había dos tipos, siempre con gorro de piel, que trabajaban con un torno.

—¿Ve? Esta es —dijo— la otra cara del mundo.

Miré a Basaluzzi.

—Vosotros no tenéis gorros de piel, no pescáis el esturión, no jugáis con dragones.

—¿Y qué?

—Que no tendréis nada que se le parezca, salvo esto —y señalé el torno—, que ya tenéis.

—Pues no, será como allá, porque la conciencia cambiará entre nosotros, como ha cambiado para ellos, seremos nuevos por dentro antes que por fuera... —decía Basaluzzi y seguía hojeando la revista.

En otra página había fotografías de altos hornos y de obreros con los anteojos levantados sobre la frente y caras orgullosas.

—Sí, habrá problemas también, no hay que creer que de un día para otro... —dijo—. Durante un buen tiempo será duro: la producción... Pero se habrá dado un gran paso adelante... Cosas como las de ahora, por ejemplo, no sucederán... —y volvió a hablar de lo de siempre, de los problemas de cada día que verdaderamente le importaban.

Yo comprendía que para él, llegara o no ese día, era menos importante de lo que se pudiera creer, porque lo que contaba era la dirección de su vida, que no debía cambiar.

—Dificultades las habrá siempre, es lógico... No será el paraíso... Así como nosotros no somos unos santos.

¿Cambiarían de vida los santos si supieran que el paraíso no existe?

—Me despidieron la semana pasada —dijo Omar Basaluzzi.

—¿Y ahora?

—Trabajo en el sindicato. Tal vez este otoño quede vacante un puesto de funcionario.

Iba a la Wafd donde esa mañana había empezado una acción de reivindicación bastante dura.

—¿Me acompaña?

—Justamente, no me conviene que me vean por allí, ya sabe usted por qué.

—Tampoco yo tengo que hacerme ver. Comprometería a los compañeros. Iremos a un café allí cerca.

Fui con él. A través de los vidrios de un café de mala muerte veíamos salir por los portales a los obreros del turno empujando las bicicletas por el manubrio, o apiñándose para tomar el tranvía, las caras ya preparadas para el sueño. Alguno, desde luego advertido, entraba en el café y se acercaba a Omar; así se formó un grupito aparte donde se hablaba.

Yo no entendía nada de sus cuestiones y me había puesto a estudiar la diferencia entre las caras de los innumerables tipos que se arracimaban en los portales a la salida, sin pensar en nada que no fuera la familia y el domingo, y los que se quedaban con Omar, es decir, los obstinados, los duros. Y no encontraba ninguna señal que los distinguiera: las mismas caras viejas o prematuramente maduras, hijas de la misma vida; la diferencia estaba dentro.

Y estudiaba además las caras y las palabras de éstos para ver si distinguía quién ponía en la base de todo la idea «Llegará el día...» y la de aquellos para quienes, como para Omar, llegara o no el día, no modificaba nada. Y vi que no era posible distinguirlos porque tal vez todos eran de los segundos, inclusive los pocos que por impaciencia o facilidad de palabra podían parecer de los primeros.

Y no sabiendo ya qué mirar, miré el cielo. Era un día de comienzos de primavera, y sobre las casas suburbanas el cielo era luminoso, azul, límpido, pero fijándome bien veía una especie de sombra, una chorreadura como en una vieja fotografía amarillenta, como los signos que se ven a través de una lente espectroscópica. Ni siquiera el buen tiempo limpiaría el cielo.

Omar Basaluzzi se había calado un par de gafas negras de gruesa montura y seguía hablando en medio de aquellos hombres, minucioso, competente, altanero, un poco nasal.

Publiqué en *La Purificación* una noticia tomada de un diario extranjero sobre la contaminación del aire por las radiaciones atómicas. Apareció en cuerpo menor y el ingeniero Cordà la pasó por alto en las galeradas, pero la leyó en la revista ya publicada y me mandó llamar.

—¡Santo cielo! ¡Hay que estar en todo, hacen falta cien ojos! —dijo—. ¿Cómo se le ocurre publicar una noticia así? ¡Nuestro Ente no se ocupa de esas cosas! ¡No faltaría más que eso! ¡Y sin decirme nada! ¡Una cosa tan delicada! ¡Ahora dirán que hacemos propaganda!

Dije algunas frases para justificarme:

—Disculpe, pero como se trataba de contaminación, pensé que podía...

Ya me había despedido cuando Cordà volvió a llamarme.

—Escuche, ¿usted cree en ese peligro de la radiactividad? Sí, en fin, que sea algo tan grave...

Yo tenía algunos datos de un congreso científico y se los transmití. Cordà me escuchaba asintiendo contrariado.

—¡Qué tiempos terribles nos ha tocado vivir, estimado amigo! —estalló en cierto momento, y era de nuevo el Cordà que yo conocía—. ¡Es el riesgo que hemos dé correr sin mirar hacia atrás, porque lo que se apuesta es mucho, querido amigo, lo que se apuesta es mucho!

Se quedó con la cabeza gacha unos minutos.

—Nosotros, en nuestro sector —prosiguió—, sin querer jactarnos, cumplimos con nuestro deber, prestamos nuestra contribución, nos ponemos a la altura de la situación.

—Es cierto, ingeniero. Estoy convencido, ingeniero.

Nos miramos un poco turbados, un poco hipócritas. Ahora la nube de smog se había achicado, era apenas una nubecita, un cirro, en comparación con la nube atómica que la amenazaba.

Dejé al ingeniero Cordà después de algunas otras frases genéricas y afirmativas, y tampoco esta vez se entendía bien si su verdadera batalla era a favor o en contra de la nube.

A partir de entonces me guardé de hacer alusión en los títulos a las explosiones o a la radiactividad, pero en cada número, en las páginas dedicadas a la información técnica, trataba de introducir algunos datos sobre el tema, y también en ciertos artículos, entre los porcentajes de óxido de carbono o de gasóleo en la atmósfera urbana y sus consecuencias

Librodot

fisiológicas, insertaba cifras y ejemplos análogos relativos a las zonas radiactivas. Ni Cordà ni los otros me hicieron nuevas observaciones, pero esto en vez de alegrarme confirmaba mi sospecha de que nadie leía *La Purificación*.

Yo tenía una carpeta donde guardaba el material sobre radiaciones nucleares, porque al recorrer los diarios con el ojo adiestrado para pescar noticias y artículos que pudieran servir, encontraba siempre algo sobre el tema y lo guardaba. Además una agencia de recortes de prensa a la que el Ente estaba abonado, bajo la rúbrica «Contaminación atmosférica» nos mandaba cada vez más recortes referentes a las bombas atómicas, mientras que sobre el smog iban disminuyendo.

Así es cómo cada día caían bajo mis ojos estadísticas de enfermedades terribles, historias de pescadores que se encontraban en mitad del océano con nubes mortíferas, cobayos nacidos con dos cabezas a consecuencia de un experimento con uranio. Alzaba la mirada hacia la ventana. Estábamos a mediados de junio, pero el verano no se decidía a empezar: el tiempo era pesado, los días como aplastados por una calígine espesa, a mediodía una luz de fin del mundo bañaba la ciudad, los transeúntes eran como sombras fotografiadas en el suelo después de la desaparición de los cuerpos.

El curso normal de las estaciones parecía haber cambiado, densos ciclones recorrían Europa, en ese comienzo del verano se sucedían los días cargados de electricidad, después semanas de lluvia, calores repentinos y repentinas vueltas de un frío como de marzo. Los diarios descartaban que esas perturbaciones atmosféricas fuesen consecuencia de las bombas; únicamente algún científico aislado (por lo demás, era difícil saber si era digno de crédito) parecía sostenerlo y también la voz anónima de la mayoría común de las gentes siempre dispuesta, como es sabido, a hacer mescolanzas de las cosas más dispares.

También a mí me ponía nervioso escuchar a la señorita Margariti que hablaba a tontas y a locas de la atómica para aconsejarme que también esa mañana llevara el paraguas. Pero es cierto que al abrir las persianas, a la vista del patio lívido que en aquella falsa luminosidad era como una red de estrías y de manchas, me daban ganas de retroceder como si justo en ese momento estuviera desprendiéndose del cielo una descarga de partículas invisibles.

Este peso de cosas no dichas que se transformaba en superstición pesaba en las conversaciones corrientes sobre el tiempo, que antes se consideraban menos importantes. Ahora se evitaba hablar del tiempo, o al decir que llovía o que había aclarado, uno sentía una especie de vergüenza, como si callara alguna oscura responsabilidad personal. El doctor Avandero, que vivía los días de la semana preparando la excursión dominical, mostraba con respecto al tiempo una indiferencia fingida que me parecía totalmente hipócrita, servil.

Hice un número de *La Purificación* donde no había artículo que no hablara de la radiactividad. Ni siquiera esa vez tuve problemas. Sin embargo no era cierto que no fuese leído; leer, lo leían, pero se había creado una especie de hábito de estas cosas, y aunque dijera que se acercaba el fin del género humano, a nadie le importaba.

Los semanarios de actualidad también publicaban noticias estremecedoras, pero la gente sólo creía en las fotografías en colores de las muchachas bonitas que sonreían en la cubierta. En la tapa de uno de esos

Librodot

semanarios apareció la foto de Claudia en bañador, evolucionando sobre esquíes acuáticos. La sujeté con cuatro chinchetas en la pared de la habitación que alquilaba.

Todas las mañanas y todas las tardes seguía yendo al barrio de las avenidas tranquilas donde estaba mi oficina, y a veces recordaba el día de otoño en que había ido por primera vez, cuando en cada cosa que veía buscaba una señal, y me parecía que nada era bastante gris y sórdido para mí. También ahora mis ojos seguían buscando señales; nunca había sido capaz de ver otra cosa. ¿Señales de qué? Señales que se remitían unas a otras hasta el infinito.

A veces me cruzaba en aquel barrio con un carro tirado por un mulo, un carrito de dos ruedas que circulaba por la banquina cargado de sacos. O lo encontraba parado delante de un portal, el mulo entre las varas con la cabeza gacha, y encaramada en la pila de sacos, una niña.

Después advertí que no era un carro sólo el que daba vueltas por aquellos barrios, sino varios. No sabría decir cuándo empecé a notarlo; uno ve tantas cosas sin fijarse; tal vez esas cosas nos hacen un efecto pero no nos damos cuenta; un buen día empezamos a relacionar una cosa con otra y entonces, de pronto, todo cobra sentido. La vista de esos carros, sin que yo tuviera conciencia, me hacía un efecto sedante, porque un encuentro insólito como el de un carro de aspecto campesino en medio de una ciudad llena de automóviles, basta para recordarnos que el mundo no es todo uniforme.

De modo que empecé a prestar atención: en lo alto de la blanca montaña de sacos una niña de trenzas leía una revista, después salía del portal un hombre corpulento con un par de sacos y los ponía sobre el carro, giraba la manivela del freno, decía «Yi...» al mulo y se iban, la niña siempre arriba leyendo. Y se detenían delante de otro portal, el hombre descargaba del carro algunos sacos y los entraba.

Más lejos, en dirección opuesta iba otro carro, y en el pescante había un viejecito, y una mujer subía y bajaba las escaleras de los inmuebles con grandes atados sobre la cabeza.

Comencé a observar que los días en que veía los carros me sentía más alegre y confiado, y esos días resultaban ser siempre lunes: así supe que el lunes es el día en que los lavanderos recorren la ciudad con sus carros y distribuyen los atados de ropa limpia y se llevan la ropa sucia.

Ahora que lo sabía, los carros de los lavanderos ya no se me escapaban: me bastaba ver uno por la mañana y me decía: «¡Claro, es lunes!», y poco después aparecía otro que avanzaba por otra calle, seguido de un perrito que ladraba, y otro más se iba alejando, sólo veía el carro de atrás, con los sacos a rayas blancas y amarillas.

Al volver de la oficina tomé el tranvía que circulaba por otras calles más populosas y ensordecedoras y de pronto, en un cruce, tuvo que pararse porque las ruedas de largos rayos de un carrito de lavandero giraban lentamente. Yo echaba un vistazo a la calle lateral y, parado junto a la acera, veía el mulo y los atados de ropa que descargaba un hombre con sombrero de paja.

Aquel día volví a casa dando una vuelta más larga de lo habitual y seguí cruzándome con los lavanderos. Comprendí que para la ciudad aquello era una especie de fiesta, porque todos estaban contentos de retirar

Librodot

la ropa marcada por el humo y de sentir nuevamente encima el candor del lino, aunque fuese por poco rato.

El lunes siguiente quise seguir a los lavanderos para ver a dónde regresaban una vez entregados los atados y recogidos los nuevos. Caminé un poco al azar, porque unas veces seguía a un carro, otras a otro y comprendí que a cierta hora todos terminaban por tomar una dirección, ciertas calles por las que al fin pasaban y cuando se cruzaban o se ponían en fila uno detrás del otro, se intercambiaban saludos tranquilos y bromas. Así los seguí y los perdí durante un largo recorrido hasta cansarme, pero antes de abandonarlos me enteré de que había un pueblo de lavanderos: eran todos los del suburbio de Barca Bertulla.

Fui un día por la tarde. Atravesé un puente que cruzaba un río, era casi el campo, las carreteras por donde circulaban los camiones estaban todavía flanqueadas por una hilera de casas, pero detrás empezaba en seguida el verde. Las lavanderías no se veían. Alguna fonda desplegaba su pérgola sombreada al borde de los canales interrumpidos por esclusas. Seguí andando y mirando a través de las empalizadas los campos, los senderos. A través de cada cerca echaba un vistazo a los terrenos baldíos, a los senderos. Me había ido alejando de las casas y las filas de álamos bordeaban la carretera señalando las orillas de los frecuentes canales. Y al fondo, más allá de los álamos, vi un prado lleno de velas blancas: era ropa tendida.

Tomé por un sendero. Encontré vastos prados cruzados por hilos tendidos a la altura de un hombre y colgada de esos hilos, ordenadamente, para secarse, toda la ropa de la ciudad, ablandada por el lavado e informe, toda igual en los pliegues que las telas formaban al sol, y alrededor, en cada prado, se repetía la blancura de las larguísimas hileras de ropa tendida. (Había otros prados vacíos, pero cruzados también por hilos paralelos, como viñedos sin vides.)

Yo daba vueltas por los campos blancos de ropa tendida y de pronto, al oír una carcajada, me volví. A orillas de un canal, sobre una esclusa, había el pretil de un lavadero y desde allí arriba, con los brazos arremangados, vestidas de todos colores, se asomaban las caras rojas de las lavanderas y reían y charlaban, las jóvenes con los pechos saltando debajo de las blusas, las viejas gordas con pañuelo en la cabeza, y movían los brazos redondos hacia adelante y hacia atrás en la espuma del jabón y estrujaban con un gesto anguloso de los codos la ropa retorcida. En medio de ellas los hombres con sombrero de paja descargaban las cestas en hatos separados, o se arremangaban también ellos con el pan de jabón de Marsella o batían la ropa con la paleta de madera.

Ahora yo había visto y no tenía nada que decir ni por qué meterme en lo que no era cosa mía. Volví atrás. Al borde de la carretera principal crecía un poco de hierba y yo trataba de caminar por ella para no llenarme de polvo los zapatos y para apartarme de los camiones que pasaban. Entre los prados, los setos, los álamos seguía mirando al pasar los lavaderos, en algunos edificios bajos las inscripciones LAVANDERÍA A VAPOR, COOPERATIVA LAVANDERA BARCA BETULLA, los campos donde las mujeres, como en la vendimia, pasaban con cestas descolgando la ropa seca de los hilos, y la campiña sacaba al sol su verde entre aquel blanco, y el agua corría llena de burbujas azuladas. No era mucho, pero a mí que sólo buscaba imágenes para guardarlas en los ojos, tal vez me bastaba.

Librodot